

HOMILÍA 2.^a

Para el día de la Santísima Trinidad

Sobre el amor á la Santísima Trinidad.

AMADOS hermanos míos: «Inquirir el cómo de la Trinidad Santísima es perversa curiosidad; creer y confesar este misterio como le cree y confiesa la Santa Iglesia Católica, es grande seguridad; pero ver á la Trinidad augusta, como es en sí misma, es perfecta y suma felicidad (1).» Aquí, pues, no vamos á ocuparnos de lo primero, y sólo diremos con el Apóstol, en la Epístola de este día: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos! (Rom., XI, 33).» Tampoco trataremos de lo segundo, porque, gracias al Señor, todos somos creyentes verdaderos y caminamos seguros; me concretaré, pues, en este día á explanar la tercera consideración; esto es, á mostraros que el adorable misterio de la Santísima Trinidad no sólo exige la humilde sumisión de nuestro entendimiento, sino también el más perfecto amor de nuestro corazón. Al efecto dividiré la materia en tres puntos:

- 1.º El amor que debemos á Dios Padre.
- 2.º El amor que debemos á Dios Hijo.
- 3.º El amor que debemos á Dios Espíritu Santo.

PUNTO 1.º

DE CÓMO HEMOS DE AMAR Á DIOS PADRE

Es cosa de suyo natural y razonable que amemos á quien nos ama y nos colma de beneficios. Dios Nuestro Señor nos ama y todo cuanto tenemos es puro don suyo; luego debemos amarle con todo nuestro corazón. La proposición mayor es de sentido común y nadie

1) S. Bern., Serm. 1, in parv. serm.

la niega, y la menor la confirma el Apóstol en la Epístola de este día, diciendo: «¿Quién dió á Dios primero alguna cosa para pretender por ello recompensa? Todo es de El, todo es por El, todo es en El.» —(Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.—Rom., XI, 35 y 36.) Luego la consecuencia es legitima y nuestros amores deben ser todos para Dios. No que se excluyan otros amores, sino que todos deben ordenarse y refundirse en el amor teologal.

Con efecto. *Todo es de Dios*, como Criador de todas las cosas; *todo es por Dios*, como conservador de las mismas cosas; *todo es en Dios*, como fin último de cuanto tiene ser.

Y descendiendo á cada una de las divinas personas en particular, por más que sus obras sean indivisibles, decimos, por apropiación, con los Santos Padres: «*Todo es de Dios Padre*, como de principio que cria todas las cosas; *todo es por Dios Hijo*, como principio que repara todas las cosas; *todo es en Dios Espíritu Santo*, como en principio que santifica todas las cosas.»

En este sentido dijo San Pablo, que *todo es de El, por El y en El*; y el Santo, como fuera de sí por la vehemencia del amor sagrado, exclamó: «*A El sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.*» (*Ipsi gloria in saecula. Amen.*)

Pues bien, desarrollando estas ideas fundamentales, os digo primeramente: Debemos á Dios Padre los sentimientos más puros, más finos y más tiernos de nuestro amor. Es el principio de todo cuanto tiene ser; El ha creado el mundo para nosotros, á nosotros para El, y todo para que le amemos y le demos gloria. Las criaturas todas en el orden de la naturaleza, nos están como dando voces para que le amemos. El firmamento con esos bellísimos astros que le tachonan y que nos envían sus resplandores de día y de noche; la tierra con tan variadas y hermosas producciones, hierbas, flores, frutos, animales y todo para nuestro alimento, comodidad y regalo; el mar con la multitud de sus habitantes y con sus espumosas y encrespadas olas, todas esas bellísimas criaturas á una voz parece estarnos diciendo: «Amad á vuestro Dios y á nuestro Dios, á vuestro Creador y nuestro Creador, á vuestro principio y nuestro principio, á vuestro fin y nuestro fin. A El sólo sea siempre honor y gloria. (*Ipsi gloria in saecula. Amen.*)»

Justo es—dijo San Agustín—que la criatura ame y alabe á Dios su Creador, porque El nos crió para amarle y alabarle, sin que necesite para nada de nuestras alabanzas, ni de nuestros amores; quiere que le amemos para hacernos felices en retorno de nuestro amor.

Quiere que le amemos en todos los tiempos y lugares, porque El nos ama en todos los lugares y tiempos; y no sólo en las prosperidades, sino también en las adversidades, pues en éstas nos enseña y en aquéllas nos consuela. Por eso en toda ocasión hemos de exclamar con David: «*Siempre estará su alabanza en mis labios.*» (*Semper laus ejus in ore meo.*)

Quiere el Señor que le amemos, y no de un modo ordinario, sino sobre todas las cosas, y en todas las cosas, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón; pues como dijo San Agustín: «*Menos de lo debido le ama, aquel que fuera de El ama alguna cosa, que por El no la ama.*»

«*Reparad—dijo San Juan—cuál caridad nos ha dado el Padre, queriendo que llevemos el nombre de hijos de Dios, y que en realidad lo seamos (1).*» Si Dios es nuestro Padre, ¿habremos de dejar de amarle? Gloria sea á El, por los siglos de los siglos, porque todo es de El. (*Ipsi gloria in saecula; quoniam ex ipso sunt omnia.*)

PUNTO 2.º

DEL AMOR QUE DEBEMOS Á DIOS HIJO

Pero no solamente debemos amor al Padre, porque todo es de El (*Ex ipso*) sino también al Hijo, porque todo es por El. (*Per ipsum*). Es decir, que por el Hijo, ó sea *por el Verbo, ha sido criado todo en el cielo y en la tierra, las cosas visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades... El es antes que todas las cosas, y todas las cosas subsisten por El. (Omnia in ipso constant.—Coloss., I.)*

Si todo, pues, subsiste por Dios Hijo, subsistimos también por El nosotros, y bajo este título le debemos todo nuestro amor, y todo nuestro corazón y todo nuestro ser; y mucho más si consideramos que El es la imagen consubstancial del Padre, y por lo mismo infinitamente sabio, infinitamente justo, infinitamente perfecto, infinitamente misericordioso, y tan infinitamente amable, que en El tiene el Padre todas sus complacencias.

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón; porque El siendo Dios se hizo hombre por nuestro amor; siendo Señor se hizo siervo, siendo todo se hizo como nada, y cuanto menor se hizo por

(1) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater ut filii Dei nominemur et simus. (I Joann., III, 1.)

la humildad, tanto mayor se nos muestra en la caridad, y cuanto por nosotros fué más humillado, tanto más merece ser de nosotros amado.

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón, porque El voluntariamente se hizo nuestro hermano, y se complace en llamarse así, como cuando dijo á las mujeres piadosas que iban á visitar su sepulcro: «*Id; dad la nueva á mis hermanos, para que vayan á la Galilea, y allí me verán.*» (Matth., XXVIII, 10.)

¡Qué dignación! El Hijo de Dios no quiere ponernos en la clase de siervos suyos, ni aun se contenta con darnos el título de *amigos*, sino que nos honra y dignifica con el hermoso nombre de *hermanos*. ¡Hermanos! nombre de amor, nombre de unión íntima, nombre de dilección constante.

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón, porque místicamente se hizo nuestra cabeza, somos sus miembros, y por misteriosa é inefable manera nos comunica su espíritu, su sabiduría, su amor y su propia vida, para que vivamos de El y para El, y podamos en verdad decir con el Apóstol: «*Mi vivir es Cristo.*» (*Mihi vivere Christus est.*)

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón, porque además de lo dicho, se constituyó Redentor nuestro, llegando la fineza de su amor al extremo de padecer y morir, con muerte ignominiosa de cruz, por darnos la vida eterna de nuestras almas.

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón, porque aun después de habernos redimido permanece siendo nuestro *Abogado*, nuestro *Ayudador*, nuestro *Mediador* y nuestro *Salvador*.

«*Hijos míos—dijo San Juan—esto os escribo para que no pequéis; mas si alguno pecare, tenemos por Abogado para con el Padre, á Jesucristo el Justo.*» (I Joann., II, 1.) «*Porque, oh Timoteo—añade San Pablo—uno solo es Dios, y uno solo es el Medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.*» (I Timot., II, 5.)

«*Por lo tanto—concluye San Pedro—todo el que invocare el nombre del Señor será salvo (1).*»

¡Sorprende, amados míos, la bondad y el amor que Dios Hijo nos ha mostrado encarnando, naciendo, trabajando, sufriendo y muriendo por nosotros! Y si Dios Padre nos testificó su infinita dilección, *enviando al mundo á su Hijo Unigénito, para que vivamos por El (2)*, Dios Hijo nos dió idéntico testimonio; pues, como dijo el Apóstol,

(1) Quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit. (Act., II, 12.)

(2) In hoc apparuit charitas Dei in nobis, quoniam Filium suum Unigenitum misit in mundum, ut vivamus per eum. (Joann., IV., 9.)

«se entregó á sí mismo por nosotros, á fin de rescatarnos de toda iniquidad y tener un pueblo puro y amante de las buenas obras (1).»

Tal es el amor que debemos á Dios Hijo, segunda persona de la Santísima Trinidad. Terminemos ahora diciendo dos palabras sobre el amor que debemos al Espíritu Santo.

PUNTO 3.º

DEL AMOR QUE DEBEMOS Á DIOS ESPÍRITU SANTO

Hemos dicho que debemos amor á Dios Padre, porque *todo es de El*, y amor á Dios Hijo porque *todo es por El*, y ahora añado que igual amor debemos al Espíritu Santo, porque *todo es en El* (*In ipso sunt omnia.*)

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad, verdadero Dios como el Padre y el Hijo, de quienes procede. (*Qui ex Patre Filioque procedit.*) Es, como dijo San Agustín, el amor y el lazo del Padre y del Hijo (2); es el término y el centro del amor mutuo que el Padre Eterno tiene á su Hijo, y el Hijo á su Padre; es el centro y el término de los trabajos de nuestro divino Salvador, puesto que por el Espíritu Santo recibimos la gracia, las virtudes y demás dones celestiales; es el que ilumina, instruye, rige y gobierna á la Santa Iglesia católica, Maestra infalible de la verdad, depositaria de las verdades reveladas y del amor infinito de Dios; es en dicha Iglesia el lazo amoroso que une á todos los fieles con Cristo, y á todos entre sí, haciendo de todos un solo cuerpo moral y un como solo individuo.

El cuerpo del hombre, compuesto de varios miembros, está vivificado por una sola alma, y esta alma da al cuerpo la facultad de ver por medio de los ojos, de oír por medio de los oídos, de hablar por medio de la lengua... y de semejante manera el Espíritu Santo posee y vivifica los miembros del cuerpo de Jesucristo, que son su Iglesia, derramando en ellos los inefables carismas de su sagrado amor.

Esto, y muchísimo más que no es posible decir y ni aun siquiera indicar, es el Espíritu Santo para nosotros y para el mundo en-

(1) Dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate..., etc. (Timot., II, 14.)

(2) Spiritus Sanctus est Patris et Filii amor et conexio. (S. August., Lib. de grat. Novi Testam.)

tero, bastando decir con San Ambrosio que *jamás el Espíritu Santo está sin virtud, y que no hay virtud sin el Espíritu Santo* (1), y, como dice San Pablo en la Epístola de hoy, en *El son todas las cosas* y á El pertenece toda gloria en los siglos de los siglos. (*Ipsi gloria in saecula.*)

Pues bien; aunque el Espíritu Santo está por esencia, presencia y potencia en todos los cristianos, es preciso entender que El se da al alma de un modo particular cuando la encuentra justificada, pues se complace en habitar en ella de un modo nuevo como en su templo predilecto, haciéndola participante de su amor infinito é increado.

Es verdad que aunque el hombre sea pecador, el Espíritu Santo está con él ayudándole con los auxilios actuales de su gracia, moviendo su corazón é inclinando su voluntad para que se arrepienta, obre lo bueno, se purifique y se salve; pero morar de asiento en su pecho manchado con la culpa grave y permitir que dicho pecador tenga unión íntima con El, ¡oh! eso no, porque falta la caridad, que es el lazo sagrado de nuestra unión con Dios.

Es, pues, necesario amar al Espíritu Santo, para que El more en nosotros y nosotros en El y recibamos de lleno las divinas efusiones de su amor infinito.

Es necesario amar al Espíritu Santo para que El, á manera de fuego sagrado, purifique, ilumine y encienda nuestros corazones, transformándonos en sí mismo, fortaleciendo é inflamando nuestro espíritu para que obremos maravillas de amor en honor suyo y en bien nuestro y del prójimo.

Es necesario amar al Espíritu Santo, que es espíritu de verdad, que vino al mundo para enseñarnos todas las verdades (2), para que jamás erremos en el camino de nuestra eterna salud.

Es necesario amar al Espíritu Santo, porque El, al mismo tiempo que instruye, ilumina y fortalece, enervoriza y transforma, cambiando las afecciones humanas, para que cesemos de ser lo que somos y nos convirtamos en lo que no somos. *Se apoderará de ti el Espíritu de Dios—dijo Samuel á Saúl—y profetizarás y te verás convertido en otro hombre* (3). Así leemos en las sagradas páginas que aconteció á David, á Amós, á Daniel, á Pedro, á Pablo, á Ma-

(1) Numquam sine virtute Spiritus, nec sine Spiritu virtus. (S. Ambr., *De offic.*)

(2) Cum venerit ille Spiritus veritatis docebit vos omnem veritatem. (Joann., XVI, 13.)

(3) Insillet in te Spiritus Domini, et prophetabis, et mutaberis in virum alium. (I Reg., X, 6.)

teo y á otros muchos insignes y santos varones que sería interminable enumerar.

Es necesario amar al Espíritu Santo, para que descieran sobre nosotros sus siete inefables dones y sus doce riquísimos frutos, tales como describió Isaías los primeros y enumeró San Pablo los segundos, á saber: *Caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad* (1).

En suma: es necesario amar á Dios Padre, porque somos *de El*; á Dios Hijo, porque somos *por El*, y á Dios Espíritu Santo, porque somos *en El*. (*Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.*)

Gloria al Padre, porque nos crió; gloria al Hijo, porque nos redimió; gloria al Espíritu Santo, porque nos santificó.

Gloria al Padre porque nos llamó; gloria al Hijo, porque nos justificó; gloria al Espíritu Santo, porque nos glorificó.

Gloria al Padre, por lo pasado; gloria al Hijo, por lo presente; gloria al Espíritu Santo, por lo venidero.

Gloria al Padre, con el amor más respetuoso; gloria al Hijo, con el amor más tierno; gloria al Espíritu Santo, con el amor más puro; gloria á la Santísima Trinidad, con el amor más perfecto.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en un principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo primero después de Pentecostés.

Del amor de Dios á los hombres.

HERMA NOS míos carísimos: Mucho os encargo que no creáis á todo el que pretenda enseñaros, porque hoy se han levantado en el mundo muchos falsos profetas... *Ellos son mundanos* y por eso os hablan del mundo y el mundo les oye: *nosotros*, por el contrario, *somos de Dios*, y los que conocen y aman á Dios, están unidos con El y escuchan nuestra doctrina.»

(1) Isaías, XI, 2-3; Galat., V, 22-23.

De esta manera, amados míos, comienza el Apóstol San Juan el capítulo IV de su primera carta, de donde la Iglesia ha tomado la Epístola de este día, para mostrarnos cuánto nos ama Dios, y cómo nosotros en correspondencia debemos amarle. Oigamos sus propias palabras; dice así:

Hermanos: Dios es caridad; y la caridad de Dios para con nosotros se mostró en haber enviado al mundo á su Hijo unigénito, para que vivamos por El. En esto consiste la caridad, no que nosotros hayamos amado á Dios, sino que El es quien nos amó primero y envió á su Hijo para que fuese la víctima de propiciación por nuestros pecados. Si de esta manera, hermanos carísimos, nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos los unos á los otros.» (I Joann., IV, 8 á 12.)

¡Magnífica lección!, cristianos, si queremos aprenderla. En ella nos muestra el Apóstol San Juan dos verdades muy consoladoras, que yo quisiera acertar á explicar debidamente para avivar más y más en vuestros corazones el fuego del amor sagrado, á saber:

- 1.^a Cuánto ama Dios Padre á los hombres.
- 2.^a Cuánto nos ama á todos Dios Hijo.

PUNTO 1.^o

AMOR DE DIOS PADRE Á LOS HOMBRES

Dios Padre, ser infinito en todo género de perfecciones, es soberanamente amable. Su santidad, su poder, su sabiduría, su bondad, su misericordia y su ciencia no reconocen límites, y la hermosura de su esencia supera á todo lo imaginable. «*¡Grande es el Señor—decía David;—es superior á toda alabanza, y su grandeza no tiene fin!*» (1).

Pues bien; este Señor inefable, inmenso, increado y eterno, se dignó poner los ojos en nuestra nada, y, como dice San Juan al comenzar nuestra Epístola, es todo caridad y amor para con los hombres. *Deus charitas est.* (Verso 8.)

Dios es caridad, es decir, es la caridad misma personificada, al modo que la sabiduría, la bondad, la santidad y todos los demás divinos atributos constituyen su propia y soberana esencia. Grande

(1) Magnus Dominus, et laudabilis nimis; et magnitudinis ejus non et finis. (Psalm. CXLIV, 3.)